



Área	CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Unidad Administrativa	CIUDADANÍA
Servicio	
Departamento	ADMON. GENERAL DE CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Oficina	PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SOLIDARIDAD
Código DIR-3	LA0001326

PRIMER PREMIO CATEGORÍA B CONCURSO RELATOS CORTOS BARRIADAS 2018

“LA LUZ DEL SEMÁFORO”

La luz del semáforo cambió a roja. Si ir al trabajo ya le suponía un esfuerzo titánico, estar allí parada y tener que interactuar con el chico que vendía pañuelos de papel, se sumaba a sus desganadas por sociabilizar. Hubiese sido más fácil mantener la ventanilla del coche subida e ignorarlo. No pudo: conocía demasiado bien la soledad y el desamparo de quienes tienen que abandonar su país.

Bajó el cristal de la puerta del copiloto. Buscó unas monedas en el cenicero. El hombre corrió hacia ella. Asomó la cara dentro del coche y extendió su mano para recibir la limosna. A cambio, le regaló un «muchas gracias», un «que tenga un buen día» y una sonrisa. Anastazija reparó en que no se trataba de la misma persona que solía estar allí. En su fuero interno, prefirió al otro: cogía su dinero, lo agradecía casi sin mirar y se marchaba. Este no.

Cuando él se alejó, sin entender el motivo, repasó su imagen mentalmente. Ya no era aquella joven rubia, de pelo lacio y ojos abiertos e ilusionados. Había envejecido prematuramente; el pelo, salpicado por las canas, lo llevaba sujeto a la nuca con una pinza; y los ojos, rodeados de pliegues cansados, se habían cerrado a la vida. La vida asesinada en Kosovo.

Al llegar al trabajo, la misma rutina tediosa de todos los días. Limpiar no le molestaba tanto como soportar a sus compañeras. A duras penas las entendía y sus conversaciones eran insustanciales; así que se colocaba los auriculares para sobrellevar la jornada con música. Cuando la hora del desayuno se aproximaba, en su estómago no se alojaba la sensación de hambre, sino el desagrado de tener que contestar una vez tras otra: «No, como aquí». Así que, mientras sus compañeras estaban en el bar de enfrente, ella se sentaba en el patio, sacaba una bolsa con migas de pan y alimentaba a los gorriones.

De regreso a su apartamento, almorzaba algo con poca elaboración y dormitaba en el sofá. Luego se preparaba un té y veía una película o leía un libro. Cuando oscurecía, se duchaba y esperaba con terror el momento de entrar en la cama. Por las noches la soledad mordía su alma. Acariciaba con los dedos unas sábanas que jamás habían acogido el calor del cuerpo de su marido asesinado. Buscaba en su propia piel los besos que él había impreso en ella. Pero la herida certera se alojaba en medio de sus entrañas. Y de nuevo la asolaban aquellas imágenes: la cara de felicidad de él, con el bebé de ambos en brazos. Regresaban del mercado, ella los miraba desde el balcón; les saludó con la mano, con el corazón henchido. Y entonces todo saltó por los aires. Al día siguiente, enterró tres cuerpos: los dos de ellos y el suyo.



Área	CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Unidad Administrativa	CIUDADANÍA
Servicio	
Departamento	ADMON. GENERAL DE CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Oficina	PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SOLIDARIDAD
Código DIR-3	LA0001326

A la mañana siguiente, el recorrido diario. Se detuvo por el semáforo en rojo. El hombre que vendía pañuelos ayudaba en ese instante a una señora mayor a cruzar la calle. Anastazija lo observó de reojo mientras cogía unas monedas. Él se plantó al lado de la ventanilla y le regaló un «gracias», un «deseo que tengas un buen día» y una sonrisa. Ella le dio dos euros y levantó la vista hacia él. Una sensación desagradable le oprimió el estómago cuando las miradas de ambos se cruzaron. Volvió la atención a la circulación y se alejó lo más rápido que pudo de allí.

Esa tarde, por más que lo odiara, tenía que hacer la compra. Así que arrastró sus pies hasta el supermercado. Estaba terminando de colocar los mandados en la cinta, cuando vio al hombre del semáforo entrar. Introdujo de prisa la compra en una bolsa, mientras le llegaba al estómago la misma oleada de malestar.

Esa noche no cenó. Se preparó una infusión y se metió en la cama con el libro que estaba terminando de leer. Se sentía enferma y le desconcertaba que la sonrisa de un completo desconocido la persiguiera. Había encontrado tanta calidez en aquellos ojos, que temía que se derritiera el témpano de hielo donde aún conservaba intacta escenas de su extinta vida pasada. Una existencia pretérita, congelada en algún punto de sus recuerdos, donde podía abrazar a su marido y besar las carnes rollizas de su hijo.

Antes de encaminarse hacia el trabajo, se contempló en el espejo. Ni recordaba cuándo fue la última vez que se había detenido a observar su cara. Por inercia, se recogió el pelo y lo sujetó a la nuca con una pinza. Dudó unos instantes. Se soltó la melena, la sacudió y se miró de nuevo. Sin pensarlo dos veces, abandonó el baño, guardó la pinza en el bolso y salió de su apartamento.

Por la carretera, a lo lejos, vislumbró la luz verde del semáforo. Si continuaba a esa velocidad, le daría tiempo a pasar sin detenerse. Redujo la marcha.

Allí estaba él. Metió la mano en una bolsa y, por el círculo que describía con el brazo y por como acudieron de inmediato los pajarillos, Anastazija se percató de que alimentaba a los gorriones. Un escalofrío le recorrió la espalda.

De nuevo la luz roja, de nuevo el saludo de él, de nuevo las monedas y de nuevo el valor para levantar la vista hacia sus ojos durante unos segundos. Pero, también de nuevo, esas leves náuseas.

En el trayecto hasta su trabajo recordó una bella palabra inglesa, Smize, que significaba sonreír con los ojos. Él no solo le sonreía con los labios, también con los ojos. Se echó la mano al estómago: tampoco había podido desayunar.



Área	CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Unidad Administrativa	CIUDADANÍA
Servicio	
Departamento	ADMON. GENERAL DE CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Oficina	PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SOLIDARIDAD
Código DIR-3	LA0001326

Esa tarde le tocaba biblioteca. Se había leído todos los libros y había visto todas las películas que había sacado la semana anterior. Subió a la primera planta. Le gustaba pasear entre las estanterías, sentir que las historias atesoradas dentro de aquellas novelas la envolvían, la esperaban. Al bajar por las escaleras, se quedó paralizada: el hombre del semáforo estaba sentado en uno de los butacones de la cafetería, con las piernas cruzadas y un libro sobre ellas. Anastazija terminó de recorrer los escalones que le restaban, las piernas le temblaban, las manos le sudaban y temió caer. Como pudo, llegó hasta el mostrador. Agradeció que la atendieran con rapidez: necesitaba correr lejos de allí.

El amanecer no la sorprendió dormida. Llevaba un rato despierta. La cabeza le daba vueltas. Buscaba en su mente las escenas atesoradas de su familia antes de explotar. Y estas regresaban, pero, por primera vez, dolían un poco menos.

Se levantó. Ese día no se vistió con el uniforme del trabajo. Decidió copiar a sus compañeras y lo llevó, bien doblado, en una bolsa de tela. Se cambiaría allí. Se soltó la melena y se puso un poco de brillo en los labios.

La luz roja. Las monedas. El saludo. Y él parado frente a la ventanilla de ella. Anastazija le devolvió la sonrisa, y no apartó la mirada: no podía. Algo en esos ojos negros la atrapaban. El tráfico, los árboles, la calle... Todo se desdibujó. Parecía como si el mundo más allá del aura que los envolvía a los dos desapareciera. El conductor de detrás pitó. Aquel ruido estridente los retornó a la realidad. Ella continuó la marcha con una mueca ascendente dibujada en su boca.

Y así pasaron las semanas, pasaron los meses. Se compró ropa, empezó a abrir las ventanas de su apartamento de par en par, decidió desayunar con sus compañeras, hablaba con la cajera del supermercado y hasta con su vecina de planta. Cambió las tardes de lecturas en su salón por lecturas en el parque, en la biblioteca o en cafeterías. Ella y el hombre del semáforo, se saludaban cada mañana, siempre se regalaban sonrisas y miradas contenidas interrumpidas por el sonido del claxon de otro coche. Jamás intercambiaron palabras más allá del «buenos días»; sin embargo, se habían asomado tan profundamente el uno a los ojos del otro, que ella sentía como si lo conociera desde siempre.

Un lunes, al pasar por el semáforo, él no estaba allí. Con cautela, buscó en derredor, y nada. Se sintió frustrada, pero no le dio importancia. Se empezó a alarmar el viernes. ¿Qué sería de él? ¿Estaría enfermo? ¿Se habría marchado a otra ciudad, a otro país...? Durante todo ese fin de semana se sintió tonta. La realidad era que no sabía nada de él. El sábado y el domingo buscó por los parques, por los bares... por las calles. Durante un mes recorrió los sitios donde se lo había encontrado alguna vez. Nada. Ni rastro.



Área	CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Unidad Administrativa	CIUDADANÍA
Servicio	
Departamento	ADMON. GENERAL DE CIUDADANÍA Y ECOLOGÍA
Oficina	PARTICIPACIÓN CIUDADANA Y SOLIDARIDAD
Código DIR-3	LA0001326

¿Habría existido? ¿Sería una fantasía? Y entonces llegó el vacío. Conocía aquella sensación demasiado bien. Se retrotrajo años atrás, a ese momento justo cuando una mano gélida le entró por la boca, le atravesó la garganta y le dejó un hueco voraz en el interior.

No, no lo soportaría otra vez. Se había construido un mundo con aquel desconocido sobre cimientos anclados en arenas movedizas. Era consciente de ello. Pero, ¿cómo no hacerlo si, sin él saberlo, le había dado la mano que la había arrastrado hasta la vida? Se tumbó sobre la cama. Él la había devuelto a la luz. Ella había cambiado gracias a él, incluso su entorno había cambiado. Cerró los ojos y le mandó ese agradecimiento en forma de amor. Esperaba que le llegara, allí dónde estuviese, y que ese amor le ayudara a ser feliz.

Sonó el timbre. Sería la vecina. De vez en cuando le invitaba a tomar un café. Pero estaba tan abatida que no le apetecía ver a nadie. El timbre sonó un par de veces más. No era ella, porque las segundas veces solía llamar con los nudillos.

Se levantó refunfuñando y abrió la puerta de la calle justo cuando un hombre se encaminaba hacia la escalera. Lo hubiese reconocido en cualquier lugar del planeta.

—¡Holaaa! —le gritó para que se detuviera.

Él se giró y desanduvo el trecho entre ambos.

—Yo... —titubeó— Siento presentarme aquí... Pero... Tú, sin saberlo, me has salvado... Soy Kiano. —Le tendió la mano—. Yo... Me... Necesito conocerte. ¿Querías tomar un café conmigo?

AUTORA: D^a MONTSERRAT ROMERO ARISPÓN